

ro como buenas cañís, acercáronse á saludarle, y de saludarle pasaron á referirle sus penas. El dueño del café no les pagaba; el negocio iba mal, ó, al menos, así lo aseguraba el hombre, y ellas continuaban echando coplas y dando pataditas sobre el tablado, porque así tenían siquiera la esperanza de encontrar algunas noches la cena... comida y desayuno en una pieza. Algunas conservaban también la de volver á España; otras, por perderlo todo, hasta habían perdido esta ilusión.

Rafael, que tiene un corazón muy sensible á la desgracia ajena, tuvo un rasgo generoso:

—No apurarse ustedes. Mañana os llevo á todas á España.

Recuerde el lector la escena análoga de *La patria chica* y habrá visto ésta.

Entre el pasaje de las bailaoras, los tabacos y unos pájaros que se compró «pa un orsequio» consumió *Gallito* todo su pequeño capital, y cuando llegó á Cádiz, como no tenía para pagar los derechos de Aduanas, tuvo que echar á volar los pájaros y dejar los tabacos á la Hacienda, que no perdona nada. Le prestó un amigo el dinero para el tren y se reintegró á su casa, á seguir pasando las verdes, las *mords*, las azules y las amarillas.

LÁZARO RESUCITA

VII

Dos corridas en cinco meses.—Un telegrama para torear un «pompurrín».—El toro de Carvajal.—Vuelve la fe.—La corrida de Gama.—Competencia.—«No todo han de ser glorias, Don Ricardo».—Un acto de «Bombita» y muchas palmas.—27 de Octubre.—Los gallistas «farrucos».—«En Nueva York hay un tranvía»...—Invernada en Méjico.—De vuelta.—Veraguas, viento y otras cosas.—El hombro y la vejiga.—En alza.—Enfermo.—Un toro al corral.—1910.

La suerte se le mostró á *Gallito* más contraria que nunca en los comienzos y al mediar la temporada de 1907. Las empresas no se acordaban del santo de su nombre. Tuvo una corrida el 14 de Julio en Cádiz, donde tanto quieren al gran torero, y otra el 4 de Agosto en Alicante, y volvió á obscurecerse. Su situación era cada vez más desesperada. Ni dándoles tratamiento y hablándoles en papel sellado, conseguía que le oyesen sus *protectores*. Las pesetas estaban por las nubes, los duros más altos; los billetes de Banco llegó á creer *Gallito* que eran invención de algún fantástico hiperbolizador. Los últimos amigos habían hecho *mutis* hacia mucho

tiempo; no le quedaba más amistad leal que la del viejo Retamar.

Un día, á principios de Septiembre, recibió un telegrama de su apoderado: «Dime si quieres torear Madrid, día ocho, cinco toros Carvajal; uno Muruve correráse primero para alternativa *Corchatto*.»

Paseando por las Delicias, consultó *Gallito* el caso con su fiel Retamar.

—Mira lo que jases, Rafaé; que eso es un pomurrín que tiene que soná mal. Toros de varias casas; presios con rebaja, como los billetes de baños... Una novillá con pretensiones. Yo no iría.

—Pues yo, sí. Más apagao que estoy, no pue ser; peor, no pueo estar. Vi á Madrí á ponerme bien. Me da er corasón que por ahí va á vení la buena.

No se engañó. En aquella corrida en que Vicente Pastor dió la alternativa al cordobés *Corchatto* volvió á sonreírle la fortuna.

Salió el segundo toro, y lo recibió *Gallito* con unas preciosas verónicas é hizo luego dos ó tres quites de esos que él solo tiene el secreto, heredado de su padre. Después ejecutó con la muleta una faena colosal, enorme, estupenda. No hay para qué referirla aquí; en la memoria de los que la presenciaron está viva; los buenos aficionados que no asistieron á esta función, la saben también; para los que no habían nacido todavía, baste decir que tan grande fué, que, á pesar de haber pinchado mal varias veces é intentado el descabello otras tantas, el público, después de muerto el toro, hizo una ovación formidable al torero.

Entonces comenzó á volver la fe á los antiguos creyentes y la sintieron nacer muchos nuevos.

Esta labor le valió á *Gallito* ser contratado para dos corridas en Octubre. Tienen las dos extraordinaria importancia, tanto por sus lances como por

que aquí comenzó la competencia entre *Gallito* y *Bombita*, entre el toreo bullidor de éste y el lancear tranquilo y clásico de aquél. La Giralda y la Torre del Oro frente á frente.

Lidieron toros de Gama en la primera de estas dos corridas, que se celebró el 24 de Octubre, *Bombita*, *Gallito* y *Relampaguilo*, que tomaba los grados mayores.

En el primer toro, bravo, como todos los de esta corrida, comenzó la competencia. *Bombita* hizo un gran quite de oportunidad, vista y poder al *Salao*, que iba en los cuernos, y el *Gallo*, en la tercera vara, ejecutó otro precioso, que repitió en la última. Al salir el segundo toro, recibió *Gallito* con unos lances con el capote muy recogido. Con la muleta hizo luego una faena desconfiada en su primera parte, y estuvo cerca, pero movido, en la segunda. Yéndose al entrar, dió media perpendicular y atravesada, y hubo palmas tan frías como la tarde, según contó en *El Mundo* mi antecesor en revisteo taurino, á quien, por no querer relatar de memoria, he elegido por su antigallismo para seguirle en este relato.

En el tercer toro hubo dos grandes quites á cargo de los dos competidores. Luego estuvo Ricardo mediano muleteando, salvo en un pase ayudado por bajo superior. Una vez le atropelló y derribó el bicho, sin consecuencias, por suerte. Cuadrado el enemigo, dió *Bombita* una gran estocada, entrando muy valiente. Le ovacionamos.

En el cuarto se le volvió el santo. Pasó encorvado y movido, pinchó mal varias veces y le silbaron. —«No todo han de ser glorias, don Ricardo»—le dijo el compañero de referencia.

En el quinto, dió *Gallito*, de rodillas, una limpísima larga cambiada, y luego...

Tiene la palabra el aludido crítico taurino, que siempre ha estado, como todos saben, muy lejos, muy lejos del gallismo:

«Sale á matar *Gallito* y recoge al quedado toro dando un pase en redondo verdaderamente piramidal. ¡Bravo, Rafael!»

«El *Solitario* se apenca en las tablas y en ellas entra el espada con la mar de valentía, metiendo hasta el codo en todo lo alto, quedando el estoque ido. Es la primera vez que le he visto entrar á matar como entran los hombres. Vaya un aplauso sincero y merecido, Rafaelito.»

Y después: «Resumen: *Bombita*, bien en uno. El *Gallo*, soberbio.»

Me he detenido en detallar las hazañas y lances de este día porque ellos motivaron un acto de *Bombita*, que yo quiero consignar y aplaudir aquí por espíritu de justicia, este espíritu de justicia con que siempre me ocupó de él y de todos.

Bombita había ascendido á amo. Fuentes tenía ya tomado el billete para irse, y, fuera del inocentón de *Machaquito*, no tenía Ricardo competidor visible. Hasta los que antes le censuraron duramente, negándole condiciones para colocarse en primera fila, por no saber matar, olvidaban ya este *pequeño defecto*. Todo iba, pues, magníficamente para él, cuando de pronto, nuevo Lázaro, resucitó *Gallito*. La tarde del 24 de Octubre la suerte se mostró más propicia con el resucitado que con el vivo, y Ricardo, que había visto cómo aplaudían más al otro que á él, quiso ir al desquite.

Para el día 27 había anunciado la empresa seis toros de Guadalest, á los que Fuentes y *Gallito* habían de poner en disposición de dar substancia al cocido de las casas de huéspedes de «á ocho con». *Bombita* tenía este día en Barcelona una de esas

corridas de Saltillos por las cuales se pirran los toreros, pero despreció pundonoroso los toros fáciles por venir á torear la revancha, y pidió á la empresa que añadiese su nombre al cartel, como se hizo. Por este acto de *Bombita*, yo, que no tengo ninguna animadversión contra Ricardo y siempre le hago justicia, quiero poner aquí únicamente aplausos al hablar de la función del 27 de Octubre.

En esta corrida estuvo Rafael superior en un toro y muy mal en el otro pinchando. Como torero tuvo una gran tarde. La competencia iniciada en la corrida anterior se acentuó en ésta más, y los gallistas salieron de la plaza completamente farrucos. Habían ganado.

—Lo más grande que he hecho yo en el toreo—dice Rafael, cuando habla de estas funciones—ha sido encerrarme á torear estas corridas con Fuentes y *Bombita*, teniendo una llaga en un pie, que venía dándome que hacer desde algún tiempo antes.

Quedáronle á *Gallito* libres, de estas dos corridas, ochenta duros para él y su familia para todo el invierno. Con que se fué á Sevilla, y como allí no encontrase la silla que iba buscando, tornóse á Madrid en demanda de dinero para trasladarse á Méjico á la ventura. El actual gerente de la plaza de Barcelona, don Luis Castillo, le dió á *Gallito* mil quinientas pesetas; dejó Rafael á su madre tres mil reales, cogió unas maletas con ropa, cogió á Retamar, cogió el tren, y á Méjico por Nueva York.

Para Retamar fué este viaje una excursión á un país maravilloso. El movimiento de Nueva York, la ciudad de los 4.766.883 habitantes no le pareció una cosa estupenda, aun reconociendo que es mucho. «¡Pero mire usted que aquella Puerta del Sol, y, sobre todo, aquella calle de las Sierpes!...»

Durante la estancia en Nueva York, salvo algún

tropiezo desgraciado con alguna «mis mis guasona», todo fué lo mejor que pudo ir; mas llegó nuestro hombre Retamar á la estación del ferrocarril de Méjico, y allí empezó á ser ella. Para esperar su coche, acertó á sentarse delante del púlpito desde donde un empleado, con una gran bocina giratoria, que convierte la voz en fragoroso trueno, avisa á los viajeros que deben acomodarse en su tren.

Retamar, que no se había enterado de la maniobra, acertó á levantarse con sus maletas en la mano en el preciso momento que el del púlpito lanzaba el sacramental «Viajeros al tren», y recibió la descarga en pleno cogote. El cañonazo hizo dar vuella y media y sentó de golpe en el suelo á Retamar, que se quedó mirando, con ojos espantados, al vocador, mientras *Gallito* reventaba de risa.

—¡Gachó!—exclamó el viejo sin abandonar la postura, cuando pudo hablar—. ¡Aquí quisiera yo ve á toos aquellos fantesiosos de la Alamea de Hércules, que en cuanto van á Utrera se ponen d'hinchaos que no se les pué aguantá!

Aquel viaje fué una delicia. Para que pidiesen de comer en el vagón-restaurant, el intérprete del hotel en que se alojaron en Nueva York les había hecho una lista de platos en inglés y en castellano; pero cuando llegó la hora del almuerzo, se encontraron con que habían perdido la lista. Eligió, pues, en la del restaurant, cada uno un plato al buen tuntún, y á *Gallito* le trajeron una caja de jalea y á Retamar mostaza para aderezarla. Pero bueno es éste para apurarse.

—Ahora verás tú—le dijo al Gallo, y se fué en derechura para la cocina. Allí, con certero golpe de vista, descubrió en seguida un magnífico trozo de apetitoso jamón en dulce y lo hizo su presa; pero aquello no era Sevilla, ni siquiera Betanzos. Se

apercibió de la maniobra el cocinero, un negrazo enorme, y después de arrebatarse el jamón á Retamar, cogió al atrevido por el cuello, le puso en el pasillo, le atizó dos puntapiés rotundos en el lugar que con tanta sabiduría ha hecho mamá Natura saliente y blando para estos casos, y el pobre hambriento midió bonitamente el suelo.

—¿Has visto qué desaboríos, Rafael?

Probaron á comer, pidiendo por señas de los platos que veían pasar, y como hizo su mala suerte que les tocasen unos condumios intragables, aun para estómagos españoles hambrientos, tuvieron que contentarse con comer manzanas; y con manzanas al mediodía, manzanas por la noche y manzanas al levantarse, pasaron hasta llegar á Ciudad Juárez, en los Estados de don Porfirio.

Hecho arqueo de fondos al llegar á la fonda, resultó que sentaban su planta en tierra mejicana con cinco centavos por todo capital para «entrambos á dos».

Y unos capotes y unas muletas que son, siempre que quiere Rafael, una mina de oro.

Ahora lo fueron también. La empresa de Ciudad Juárez, en cuanto llegó *Gallito*, le ajustó para una corrida, y, toreada ésta, para cuatro más. En total, tomó entonces parte en veintidós corridas en Méjico y en los Estados.

Aquí empezó á agudizarse la enfermedad que veñía padeciendo.

De vuelta en España, toreó *Gallito* la corrida de Pascua en Bilbao, con el desgraciado *Pepete* y *Cocherito* y toros de Palha, y al acabar la función se vino á Madrid, para salir á torear al día siguiente, con *Bombita*, seis toros del duque en la primera de abono.

De esta corrida se habló mucho entonces, se ha

hablado luego y seguirá, por lo visto, hablándose durante una temporadita. Bombistas y gallistas esperaban que su ídolo respectivo anonadase al contrario, y el público independiente, que había visto apuntar una interesante competencia, confiaba también en pasar una gran tarde. Pero...

En los chiqueros había encerrados seis torazos veragüeños; soplabá un fuerte viento, que es el enemigo más temido de los toreros; *Bombita* se fué á la enfermería con una contusión en el hombro derecho, que *cogió* al matar el primer toro, y ya no volvió á salir, y *Gallito* tuvo que despachar los cinco mansos que le quedaron, y los liquidó, á pesar del viento y de un tan fuerte ataque de su enfermedad de la vejiga, que lo echaron de ver, por señales indudables, todos los espectadores.

Regularmente á su primero, mal el segundo, muy mal el tercero, bien el cuarto y mal el último, *Gallito* fué matando, uno tras otro, los cinco regalos con que le obsequiaron. Pudo también, y con razón, haberse ido á la enfermería, pero se quedó en el rondel aguantando el temporal. Sus enemigos le cuentan ésta como una de sus peores tardes. Puede que tengan razón; pero, ¿qué hubiésemos dicho de él si le deja el obsequio al sobresaliente?

Cuarenta y una corridas toreó este año, y al acabar tornó á Méjico. De allí regresó en un lamentable estado de salud. La enfermedad que venía padeciendo habíase agravado considerablemente. Los médicos le recomendaron descanso. No debía, no podía trabajar; pero, ¿de qué iban á comer él y los suyos si el dinero que trajo de Méjico era un garbanzo para el ollón de los usureros?

Hasta fines de Junio fué tirando; mas al llegar Julio tuvo que rendirse y abandonar los toros para atender al cuidado de su salud.



"GALLITO, QUERRIENDO

Cambiando de rodillas á un toro de Martínez (Madrid, 1910)



En la última corrida que toreó en Madrid en 1910 (toros de Martínez)

Tres meses estuvo sin torear, y á principios de Octubre salió en Madrid á tomar parte en una corrida de Moreno Santamaría con *Algabeño* y Vicente Segura. No podía. Su cara y su cuerpo denotaban su mal estado de salud. Le echaron un toro al corral... Yo cometí la crueldad de escribir censurándole: «Cuando se está enfermo, no se sale á torear...» Después, cuando me dijeron que para Rafael era aquella corrida las medicinas y el pan para el invierno, y que se alzó del lecho para vestirse el traje de luces porque no tenía aquella mañana una peseta ni más camino de alcanzarla que poner en peligro su cuerpo consumido por la fiebre, he sentido remordimiento de haber escrito aquello.

El doctor Martínez Uzal, que tanto quiere á Rafael, me ha referido sus angustias de aquella tarde:

—Cuando yo vi á *Gallito* salir á hacer el paseo, contra mi mandato expreso y terminante, que le prohibía levantarse de la cama, sentí un escalofrío de terror. «Ese hombre sale á que le mate un toro», dije. Luego, cuando se acercó á dejar el capote y vi desde mi delantera del uno su cara demacrada, sus ojos hundidos, que brillaban febriles, y sus manos temblonas por la fiebre, no pude resistir y me salí fuera y estuve paseando toda la tarde por el pasillo, cerca de la enfermería, esperando angustiado oír el alarido de la muchedumbre, anunciador de la catástrofe que yo temía y que, afortunadamente, no vino. Hay que creer en los milagros. Uno bien patente salvó aquel día á Rafael.

El invierno comenzó terrible para *Gallito*; pero, poco á poco, la ciencia del ilustre doctor Lloría y de su ayudante, el no menos ilustre, aunque su modestia le mantenga en segundo término, detrás de su maestro, doctor don Rafael Martínez Uzal,

uno de los médicos jóvenes que más honran la Medicina española, y el cuidado de algunos buenos amigos de Rafael, fueron devolviéndole la salud, y, casi curado, pudo comenzar y concluir la brillante temporada de 1910, que acaba de finalizar cuando estas letras se trazan.

Brillante he escrito y no quiero borrarlo, porque es la verdad; brillante, por lo que respecta al héroe de este libro; brillante, porque ha servido para que se revelasen con luz propia toreros como Rafael, Pastor y *Bienvenida*, á quienes se quería tener apagados; brillante, porque el arrojito de *Machaquito*, á quien también se quería borrar del mapa, ha vuelto á emocionarnos todas las tardes; brillante, sobre todo, porque la afición ha triunfado de los que intentaban llevarla por caminos que, si no eran los de la conveniencia de ella, eran los del provecho de ellos; y la verdad se ha impuesto al fin, como se impone siempre; han surgido pujantes los bandos, que ya parecían cosa olvidada; ha vuelto á tendidos y gradas la pasión, que andaba huída. ¡Hay fiesta!

Mas aquí debo poner punto, para no ir demasiado lejos en estos ni memorias ni estudio, sino sencillos apuntes biográficos, que otros ampliarán con más arte, en los que acaso se haya relatado un hecho posterior antes que el que le ha precedido, porque no he cuidado mucho ni poco la fastidiosa comprobación de fechas. Pero todos son exactos de toda exactitud y están referidos con absoluta imparcialidad, porque yo no he escrito este libro para dar bombo á *Gallito*, sino para presentar, tal como ella es, esta interesante y principal figura taurina, un poco ó un mucho desconocida por los desfiguramientos de relatos interesados y la fama de leyendas equivocadas.

Debo consignar aquí especiales alabanzas á la sinceridad con que *Gallito* me ha referido los lances de su vida, sin olvidarse de los adversos para contar solamente los favorables.

Por mi parte nada he callado. Yo te creo convencido, amigo lector, de que, como te dije al principio, no quemo incienso en los altares de ningún ídolo. Entre otras razones, porque no lo tengo.

Sólo sirvo á la justicia.

PEQUEÑO CAPÍTULO DE COGIDAS

VIII

Una.—Dos.—Tres.—Cuatro.—Y cinco

En esto hay que reconocer la inferioridad de Rafael. No se puede negar. Ni el mayor gallista de todos puede resistir á la evidencia.

Gallito no cuenta sus cogidas graves por docenas. Es su defecto. El es un torero que burla á los toros con la muleta ó el capote, y no se deja coger. ¡Habrás visto!

Por eso este capítulo tiene que resignarse á unas pequeñas proporciones.

Primera cogida.—En Sevilla, en una novillada á beneficio de la Cofradía de la Virgen de la Esperanza: «La novillá de la Macarena». Cornada en la ingle izquierda. Mes y pico de cama.

Segunda cogida.—Octubre de 1900. En Córdoba. Al intentar descabellar un toro de Arribas. Después de un pinchazo y media estocada, el enemigo le cogió y le volteó, y en la voltereta se le clavó el estoque á *Gallito* en la pierna derecha y se la atravesó. Tres meses de asistencia facultativa. Fué entonces cuando *Guerrita* asistió al hijo de su maestro con solícitos cuidados.

Tercera cogida.—La ya relatada que sufrió en Méjico.

Cuarta cogida.—Jerez de la Frontera. Un toro de Otaola le ocasiona una herida de cuerno en la mano derecha y otra de estoque en la testa; un casi descabello. Dos meses imposibilitado para dedicarse á las labores propias de su sexo taurino; y

Quinta cogida.—En San Sebastián, un toro de Moreno Santamaría le rasgó la muñeca izquierda. La cosa le entretuvo un mes.

Y se acabó. Por mucho que he buscado, no ha sido posible pasar de la quinta cogida.

Ha sufrido también algunos puntacillos, que no he podido estirar á puntazos.

Las cicatrices de *Gallito* no llegan á la media docena.

¿Será torpe?

EN LAS ASTAS DEL TORO



Cogida de "Gallito," en la corrida celebrada en Madrid en 1910, á beneficio del "Montepío de toreros," (Fot. Irigoyen.)

HOMO, HOMINIS,,

¿...? ¡Yo que sé!—Frio y caritativo.—Metidito en un rincón.—Los amigos de «Gallito».—«Para aprender á vivir»...—Haz bien.—El hombre de las leyendas.—Ni canta, ni toca, ni baila, ni bebe, ni juega.—¡A casita!—«¡Amor, amor!»...—Una juer-ga alborotó.—«No cantes más «La Africana».—Gallos y caballos.—El único vicio de «Gallito».—To-rero y sólo torero.

—Bueno. Esa es la historia del torero, ó, mejor dicho, unos apuntes para su historia. Pero, ¿cómo es el hombre?

—Pues el hombre, lector mío, es un tipo singular. Mentiría si te dijese que he penetrado en su interior hasta conocerle. *Gallito* es impenetrable. Parece un hombre frío, sin interés por nada y poco afectuoso, y, sin embargo, es tan abierto de manos para socorrer toda lástima que se acerca á él, que lo que salva de los usureros se le va en los pedigueros, y acaba su mejor temporada, como antes dije, con sesenta duros, una botonadura de amatistas y brillantes, dos caballos y un coche.

Y los empresarios dándole usía.

Cuando un torero ha tenido una tarde buena, se exhibe por la noche en los teatros y sitios donde

se reúnen los aficionados. *Gallito*, como pueda, escapa de estas exhibiciones, coge un amigo de su confianza ó alguno de su cuadrilla y le dice:

—Vámonos los dos á hablar de toros—. Y escondido en cualquier rincón se pasa la noche charlando de lo único que le agrada.

No es que rehuya los amigos. Tiene un grupo de íntimos, á los que trata con cariño y tiene en mucha estima; da el mejor acogimiento á las amistades que vienen á él, pero no hace nada por aumentar su número, que, sin embargo, crece cada día.

Yo creo que Rafael Gómez es un desengañado. En los días de su desgracia ha podido contrastar la ley de las amistades del artista, enterarse de que el afecto personal, salvo contadísimas excepciones, no entra para nada en ellas, sino la atracción del brillo del triunfo, y como sabe que los partidarios se los han de dar los toros y no los amigos, al revés de otros toreros, que hacen sus mejores faenas fuera de la plaza, *Gallito* guarda su habilidad para cuando está á su gusto frente á los toros. Tres años de soledad y olvido le han enseñado á ser escéptico.

*Para aprender á vivir,
no hay nada como morir...
y resucitar después.*

Y, sin embargo, del naufragio de sus ilusiones y confianzas, Rafael ha salvado la compasión, el dolor del dolor ajeno. Bien lo saben los de su raza y los que no lo son. Hace el bien sin ostentación; naturalmente, sencillamente. Hasta que no se ve sin dinero, no se entera de lo caro que cuesta ser caritativo. Entonces casi se altera durante unos mi-

nutos, y reniega un poco, aunque sin extremos, de su blandura.

—¡Por vía e...! Ma dejao Fulano sin dinero... ¿Pero qu'iba á jasé, si están muertesitos de hambre en su casa?

O á lo mejor viene un torero á pedirle que «do saque» en substitución de alguno de sus cuatro banderilleros, imposibilitado momentáneamente de torear, y lo saca y con buenos honorarios.

—No me hace falta, porque ya tengo á diario un hombre de más; pero si está el pobre parado...

¿Te explicas ahora que este hombre acabe la temporada sin dos pesetas?

—¿Y no hay vino, ni juergas, ni tapete verde que pellizquen en ese dinero de *Gallito*? Porque se dice...

—¿Quieres callar? Rafael es el hombre de las leyendas. Ya tú sabes que en las conversaciones de muchas de las gentes que se ocupan de toros, la lógica está de más. Para ellas, los buenos movimientos no existen; todo se ha de explicar por segundas ó terceras causas, absurdas y bajunas, como sus malos pensamientos. Se habla bien ó mal de los toreros ó se les aplaude ó silba por dinero ú otras dádivas; ellos no conciben la admiración y el entusiasmo; los toreros se hacen ricos casi robando; no hay hombres, ni artistas, ni escritores, ni empresas, ni públicos, serios... Acaso los que más hablan así son los mismos toreros. Los celos, las envidias y las competencias profesionales llevan á estos y otros peores extremos.

Las liberalidades de Rafael era mejor explicarlas por malas razones que por las buenas y honrosas que quedan apuntadas, y se le hizo jugador, borracho y juerguista.

—¡Oh, el cante! El cante le trae loco...—Y ni canta, ni toca, ni baila, ni bebe, ni juega, ni se juerguea.

Como un cronómetro, esté donde esté, á las doce en punto de la noche, se levanta, se despide y se va para la camita. Esta del método en las horas de descanso es la única prescripción facultativa que atiende.

Tiene sus aventurillas amorosas, que para eso es joven y brilla y le buscan las mujeres; mas todos los indicios acusan que torea estas corridas con la misma tranquilidad y parsimonia que pone en las faenas que ejecuta á su satisfacción en la plaza... Pero, ¡guarda, Pablo!, que esta es materia de orden vedado, que tampoco debe ser tratada en un libro dedicado á estudiar á un torero, sino de paso y para testimoniar el sexo.

Más seguro parece que todas las frialdades de Rafael se conviertan en calor y pasión al mirar de unos ojos garzos y...

Mas, silencio otra vez.

Dejemos al amor sus glorias ciertas.

Por lo que toca á los naipes, ni la brisca. Le aburren todos los juegos.

Pues en cuanto á beber, yo te diré que los apuntes para este libro se han tomado mano á mano con unos refrescos de limón, porque acá tampoco tenemos garganta para la *bebia*; y te contaré este otro sucedido, para que veas cómo se forjan las leyendas.

Al anochecer de un día de verano, después de un paseo que *Gallito* se dió en coche, completamente solo, por las deliciosas Delicias sevillanas, mandó al cochero hacer rumbo á la famosa venta Eritaña, la del vino alegre y las juergas ruidosas. Rafael se metió en uno de los *apartamentos*, tocó palmas y acudió diligente un camarero.

—¡Ole, Rafael! ¿Vino? ¿cazalla? ¿coñac?

—Un mantecado.

Poco después apareció por allí un ganadero amigo del *Gallo*.

—¡Hombre, Rafael! Vamos á bebernos una botellita de Jerez y á charlar un rato de toros.

—No; ya sabes que yo no bebo.

—Pero si es que te quiero convidar.

—Pues tomaré otro helado.

—Tendrá usted que beber conmigo, señorito —apuntó el camarero.

—Vaya, pues tráete la botella para mí y un helado para el amigo.

Hasta las doce de la noche se estuvieron en la Venta, hablando de toros, *Gallito* y el ganadero. Rafael llegó hasta el tercer mantecado. Y como en Sevilla, lo mismo que en Madrid, se sabe todo lo que se quiere saber, y todo lo que no debe saberse, corrió aquella noche por tertulias y mentideros tau-rinos, que vienen á ser una sola y misma cosa, la noticia de que Rafael se estaba corriendo una juerga *alborotá* en la Venta.

—Buena nohecita ayer ¿eh?—le decía todo el mundo al día siguiente—. ¿Hasta qué hora?

—Poco; hasta las doce.

—¡Guasón! Serían de esta mañana...

—¡Si no han sonado todavía!...

—¿Y eso qué importa? ¿Y qué tal? ¿Mucha garata?

—Vaya... pues... una cosa regular.

—¿Ves tú? En eso se te va el dinero y luego te asan los enemigos malos. Lo menos te habrás gastado...

—Seis reales.

—¡Guasón! ¡Qué gracia tiene! ¿Habéis visto oídos?... ¡Seis reales!... Con tres ceros detrás, lo menos.

También cuentan que Rafael tiene una afición tan desmedida al canto, que ha habido quien atribuyó a una sesión de guitarra y gorgoritos flamencos la pérdida del tren, que le imposibilitó de llegar a Madrid a tiempo para la corrida del 14 de Mayo, cuya suspensión dió origen al memorable escándalo y casi motín de que fué teatro la plaza de Mosquera.

No hay tal. Yo sé, porque así se lo he oído referir al diputado provincial miembro de la Comisión de la corrida de Beneficencia, que estaba aquellos días en Sevilla, que Rafael perdió el tren porque se descuidó charlando en la Alameda de Hércules con dicho señor diputado y otros señores.

Rafael no es aficionado al canto, ni puede serlo, porque tiene peor oído para las cosas de solfa que un sordo. Desde su más tierna infancia mostró esta buena disposición.

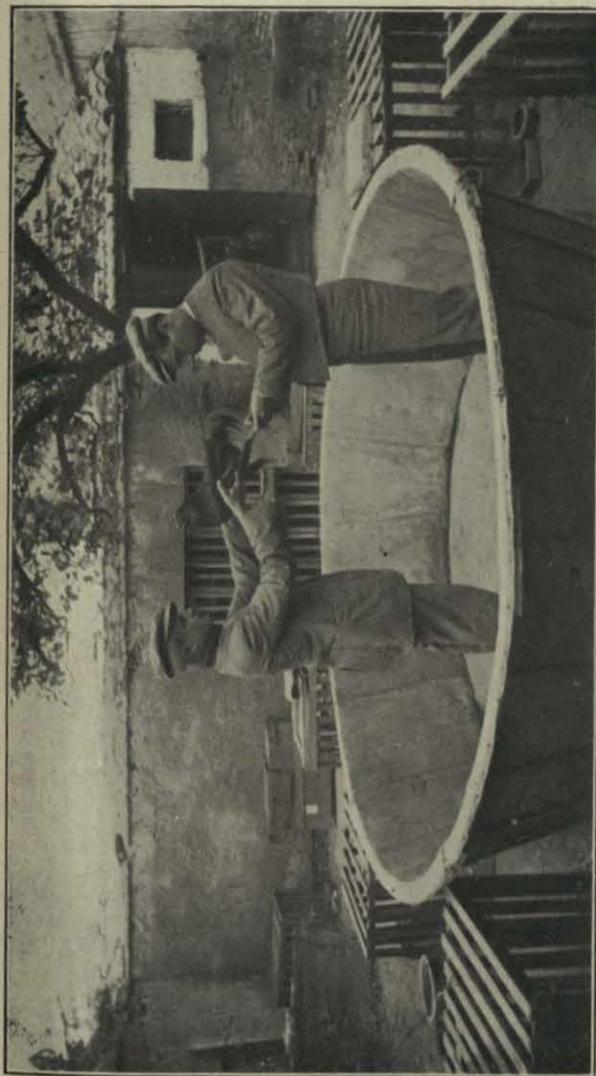
En una de las tiendas de don Felipe de Pablo Romero, de que se ha hablado antes, hubo su rato de canto, á cargo del famoso Chacón, que estaba entonces en candelero y era el *cantaor* de moda. Cuando llegó Rafael á su casa, su hermano Fernando, que es quien se pirra por la música flamenca, le pidió noticias del concierto, mientras se desnudaban para acostarse en la misma alcoba donde dormían ambos.

—Canta muy bien—contestó Rafael, despojándose de la chaqueta—. Le han aplaudido la mar. Cantaba una malagueña preciosa... Decía... ¿Cómo era?... ¿Cómo era?... Verás tú—cantando desentonado y sin gracia, ayudándose con una bota que tenía en la mano:

Por mí mare son los llantos...

No, no. No era así. Verás:

EN CHEZ MAXIM



(Fot. Dubois, Sevilla)

"Gallito", en su gallera, con Retamar

Por mi mare...

Por mi mare...

Tampoco, tampoco, Espera—sentado en la cama y cada vez más desentonado:

Por mi mare...

Por mi mare...

—¡Niño!—saltó el señor Fernando, que oía á los chicos desde su alcoba, inmediata á la de ellos—. ¡Deja ya en paz á la probesita é tu mare y métete con tu pajolero pare!...

No se sabe que Rafael haya vuelto desde entonces á cantar nada: ni flamenco ni ópera.

Dicen también que tiene mucha afición á los gallos. Por lo menos, él tiene una gallera. Los grados de esta afición yo no he podido calcularlos, porque nunca le he oído seguir una conversación sobre este tema. Pero, en fin, parece que le divierten los gallos, y ahí le tienen ustedes en su gallera para probarlo.

Más, me parece que le gustan los caballos. También la caza le agrada cuando se presenta ocasión y un buen monte donde practicarla.

Pero su único vicio, su verdadero vicio, es el tabaco. Un buen cigarro habano es para él la gloria.

—¡Caramba! amigo mío, pues si en su afición á los gallos y á los caballos no pone pasión, y no es juerguista, ni bebedor, ni jugador, ¿quieres decirme á qué le tiene afición esta criatura?

—A los toros, buen hombre; á los toros. Si es que *Gallito* no es más que torero. Le gusta como nada hablar de toros, ir á las tientas y á todas las operaciones ganaderiles, echar sus capolazos, de-

rribar... En una palabra, estudiar bien sus asinaturas.

Cree *Gallito* que el torero no debe tener otra preocupación que su arte, en la plaza y fuera de ella, y dentro y fuera ser torero y sólo torero, y parecerlo además.

Acá, para *inter nos*, te diré, lector amigo, que este libro, del cual le he dado á conocer buena porción para el debido confronte y conformidad, sobre todo en la parte de interviú que sigue á ésta, no le gusta, «porque tiene muchas chirigotas y coplitas, y de toros hay que hablar en serio y no en broma». Sobre todo lo de la malagueña de su niñez que acabo de referir, y que á mí me contó su hermano Fernando, le ha sacado de sus casillas.

—El torero ha de vestir bien—dice—, pero conforme á su esfera y clase, y no adoptando modas y figurines que no le pintan.

El se hizo un traje casi de señorito, como si dijéramos de medio paso, la primera vez que fué á Méjico, porque le dijeron que allí había que vestir de este modo; pero se miró al espejo cuando ya estaba así trajeado, vió que iba á hacer el paso entero, se desnudó, se puso de corto y salió á la calle al natural.

—¡Y toa la calle paesía suya!—dice aquí *Retamar*—. ¡Como que en donde está un torero bien vestíol... ¿Pero quierosté callá, cristiano, si jasta en Nueva Yó yamó éste la atención? ¡Mira tú en Nueva Yó!... Pues en Nueva Yó... ¡Le miraban aquellas gachís!... En inglés, naturalmente; pero paesía español, según lo bien que se las entendía. ¡Si donde va un torero que sabe serlo es el amo!

Gallito es eso: torero. Es inútil buscar en él otra cosa; el torero absorbe al hombre. Esto explica muchas de sus acciones. Torero y sólo torero, :

por encima de todo, torero, sin deseo de parecer otra cosa.

Con agregar que es en su trato modesto, afable, prudente, atento y simpático, está dicho cuanto hay que contar de su persona.